

Recibid el Espíritu Santo

Celebramos hoy el día de **Pentecostés**. El *misterio pascual* culmina con el envío del Espíritu Santo sobre la Virgen María y los Apóstoles. **Pentecostés es la fiesta de la Nueva Alianza**, con una ley escrita por el Espíritu Santo en el corazón de los creyentes.

Cincuenta días después de la Pascua, **la Iglesia recibe el don del Espíritu Santo, el don más alto de Dios al hombre, el testimonio supremo por tanto de su amor por nosotros, un amor que se expresa concretamente como «sí a la vida» que Dios quiere para cada una de sus criaturas** (cf. Benedicto XVI, *Mens. JMJ 2008*). **El Espíritu Santo se nos da para nuestra santificación**: para que vivamos identificados totalmente con Cristo, y, para que, *permaneciendo en Él*, podamos dar fruto abundante.

El Espíritu Santo nos da sus dones para sostener y animar nuestra vida cristiana, nuestro camino de santidad. Estos dones son actitudes interiores permanentes que nos hacen dóciles para seguir los impulsos del Espíritu. Estos **siete dones** son: **sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios**.

Son **dones** que no podemos conseguir con nuestro esfuerzo, sino **que los recibimos gratuitamente**

en nuestro bautismo: la gracia santificante nos concede poder vivir y obrar bajo la moción del Espíritu Santo mediante sus dones (cf. *Catecismo* 1266.).

Por ello, la Palabra de Dios que proclamamos hoy te invita a **vivir según el Espíritu y no según la carne**, es decir: **te invita a acoger en tu corazón esos dones del Espíritu y a vivir la vida nueva de los hijos de Dios**.

Si aceptamos en nuestro corazón estos siete dones, y vivimos animados por el impulso del Espíritu siguiendo a Jesucristo como único Maestro y único Señor, **los dones del Espíritu producen en nuestra vida doce frutos**, que son la obra del Espíritu en nuestra vida. Estos doce frutos, según la Tradición de la Iglesia, son: **caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad** (firmeza, perseverancia), **bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia y castidad** (cf. *Gal 5, 22-23*).

La santidad es el fruto del Espíritu Santo en tu vida... Invoca al Espíritu Santo y camina con confianza hacia la gran meta: la santidad. Así no serás una "fotocopia". Serás plenamente tú mismo (cf. FRANCISCO, *GE 15, CV 107*).

Es también el momento para preguntarnos qué estás haciendo

con los carismas, que has recibido del Espíritu Santo, y que los has recibido *para ponerlos al servicio de los demás en la Iglesia*. Esos carismas no los puedes guardar para ti: *no son tuyos*. **Los has recibido para que fructifiquen en favor de los demás.**

¡Anímate! Dios te ama y quiere tu felicidad y te da la vida eterna. Ábrele el corazón para que el Espíritu Santo vaya realizando en ti la obra de la santidad.

¡Ven, Espíritu Santo!

Para ayudarte a rezar

Pídele al Señor el *don* del Espíritu Santo.

La Palabra del Señor, luz para cada día

1ª lectura: Hechos 2, 1–11.

Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar.

La comunidad cristiana reunida recibe el bautismo del Espíritu. Un viento impetuoso y unas lenguas de fuego indican la fuente de donde mana esta nueva capacidad para testimoniar las maravillas de Dios. El don del Espíritu realiza la promesa del Padre y funda la Iglesia como realidad viva. **Pentecostés es la fiesta del nacimiento de la Iglesia**. La comunidad nacida en Pentecostés se sabe *espiritual* y *misionera*; es decir, comunidad impulsada por la fuerza del Espíritu para llevar la salvación de Jesús al corazón de todos los hombres. La Iglesia nace universal.

Salmo 103. Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

Este salmo es una meditación sobre las maravillas de la creación y la grandeza de Dios Creador; pero estas maravillas dejarían de existir si el aliento del amor de Dios –su Espíritu– no las "recrea" continuamente. Por ello suplicamos que "el Espíritu del Señor renueve constantemente la faz de la tierra".

2ª lectura: 1 Corintios 12, 3–7.12–13.

Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo.

La comunidad de Corinto, como toda la Iglesia, está gobernada por el Espíritu Santo. **Toda profesión de fe en Jesús, reconociéndolo como Señor, es obra del Espíritu**. La presencia del Espíritu en la Iglesia se manifiesta por **los carismas** o gracias especiales que él otorga a algunos cristianos, no para su lucimiento personal, sino para ponerlos al servicio de la comunidad. El que todos los carismas procedan del Espíritu hace que, a pesar de su diversidad, contribuyan a la unidad de toda la Iglesia. Así ocurre también con el cuerpo humano.

Puedes leer *Romanos* 12, 3-6.

Evangelio: Juan 20, 19–23. Como el Padre me ha enviado, así os envío yo.

El Espíritu Santo comunica gozo y paz. **El Espíritu conduce a los discípulos de Jesús a continuar su misión, la que Él recibió del Padre: reconciliar**

a los hombres con Dios. El soplo de Jesús sobre los discípulos evoca el primer soplo de Dios sobre el hombre. Aquí también se trata de una creación que hace nacer a la nueva Vida, ya posible al hombre después de la resurrección.

<p>Lunes 29 MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA</p>	<p>Hch 1, 12-14 Perseveraban en la oración junto con María, la madre de Jesús. Sal 86 Qué pregón tan glorioso para ti, ciudad de Dios. Jn 19, 25-34 Ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu madre. Pídele a la Virgen lo que más necesites</p>
<p>Martes 30 San FERNANDO</p>	<p>Eclo 35, 1-12 El que guarda los mandamientos ofrece sacrificio de acción de gracias. Sal 49, 5-8.14.23 Al que sigue buen camino, le haré ver la salvación de Dios. Mc 10, 28-31 Recibiréis en este tiempo cien veces más, con persecuciones, y en la edad futura, la vida eterna. Reza por los sacerdotes</p>
<p>Miércoles 31 VISITACIÓN DE LA VIRGEN MARÍA</p>	<p>So 3, 14-18. El rey de Israel, el Señor, está en medio de ti. Sal Is 12, 2-6. Es grande en medio de ti el Santo de Israel. Lc 1, 39-56 ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pídele a la Virgen lo que más necesites</p>
<p>Jueves 1 JESUCRISTO, SUMO Y ETERNO SACERDOTE</p>	<p>Hb 10, 22-23 Fiel es el autor de la Promesa. Sal 109 Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec. Mc 14, 12a. 22-25. Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre. Reza por los sacerdotes y por las vocaciones</p>
<p>Viernes 2 SAN MARCELINO Y SAN PEDRO, mártires</p>	<p>Ecli 44, 1. 9-13. Nuestros antepasados fueron hombres de bien. Sal 149 El Señor ama a su pueblo. Mc 11, 11-26 Mi casa se llamará casa de oración. Haz un ratito de oración</p>
<p>Sábado 3 SAN CARLOS LUANGA Y COMPAÑEROS MÁRTIRES</p>	<p>Ecli 51, 17-27 Daré gracias al que me enseñó. Sal 18 Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón. Mc 11, 27-33 ¿Con qué autoridad haces esto? Reza por los enfermos</p>
<p>Domingo 4 La SANTÍSIMA TRINIDAD</p>	<p>Ex 34, 4b-6.8-9. Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso. Sal Dn 3, 52-56. A ti gloria y alabanza por los siglos. 2Co 13, 11-13. La gracia de Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo. Jn 3, 16-18. Dios mandó su Hijo para que el mundo se salve por él. Reza por tu familia y por la parroquia</p>

Testigos del Señor: Beata Ángela (Aniela) Salawa

La beata Ángela (Aniela) Salawa, laica, virgen seglar de la Tercera Orden Secular de San Francisco de Asís, nació en Siepraw (Cracovia, Polonia), el 9 de septiembre de 1881 en el seno de una familia piadosa, de escasos recursos económicos. De sus padres aprendió pronto el amor a la oración, al trabajo y al espíritu de sacrificio.

En 1897, a la edad de 16 años, se trasladó a Cracovia para trabajar como empleada de hogar. Dos años después, conmovida por la serena muerte de su hermana Teresa e impulsada por una voz interior, tomó la firme decisión de buscar la santidad en ese tipo de vida humilde y pobre. Por gracia especial del Señor, se sintió llamada a vivir en el estado de castidad virginal.

Ejerció un apostolado activo entre las demás empleadas de hogar, numerosas entonces en la ciudad, para las que fue siempre un modelo y una guía de vida cristiana. Alimentaba constantemente su vida espiritual con la oración, que nunca le impidió el cumplimiento de sus deberes domésticos. Participaba con fe viva en las celebraciones sagradas, especialmente en la Eucaristía y el Vía crucis. Veneraba a la Madre de Dios con un amor filial. Así, pudo cultivar hasta un grado notable la vida teologal de fe, esperanza y caridad hacia Dios y hacía el prójimo, acogido como hermano en Cristo.

El año 1911 sufrió, de forma especial, por una dolorosa enfermedad, y por la muerte de su madre y de la señora para quien trabajaba, las dos personas que más quería. Además, se vio abandonada por sus compañeras, a las que ya no podía reunir en la casa.

En 1912 descubrió que su espíritu de humildad y pobreza tenían una gran afinidad con san Francisco, por lo que decidió profesar la vida de la orden secular franciscana. Durante la primera guerra mundial colaboró, en los ratos libres que le dejaba su trabajo doméstico, en los hospitales de Cracovia, asistiendo y confortando a los soldados heridos, que la llamaban «la señorita santa».

El año 1917 enfermó y se vio obligada a abandonar el trabajo. En una estrechísima habitación alquilada pasó los últimos cinco años de su vida, en medio de sufrimientos continuos, que ofrecía a Dios por la expiación de los pecados del mundo, la conversión de los pecadores, la salvación de las almas y la expansión misionera de la Iglesia.

Expiró serenamente en el Señor el 12 de marzo del año 1922 en Cracovia, y su fama de santidad se difundió rápidamente por toda Polonia.

La beatificó Juan Pablo II el 13 de agosto de 1991, en la misa que celebró en la plaza del Mercado de Cracovia.